

Encuesta: Los motivos de la crisis teatral en Catalunya (y 5)

El teatro, sin política cultural

Con este quinto capítulo concluimos la encuesta realizada en torno a la problemática de los autores catalanes inéditos en los teatros de Catalunya. Más de veinte profesionales del teatro catalán han dado su opinión. Indudablemente se puede decir que no están todos los que son aunque no viceversa. Dado que son opiniones cualitativas sería un grave error intentar una cuantificación numérica de las respuestas. No era ésta la intención de esta encuesta que jamás se ha presentado como un ejercicio de matemática sociológica. Se trataba, simplemente, de dar elementos de reflexión suficientes para que cada uno pueda formarse su propia opinión con más propiedad.

Maria Josep Arenós, actriz

Los autores han padecido particularmente la dictadura. Mientras los actores podíamos seguir trabajando, más o menos a gusto, los autores o no podían estrenar o sometían sus textos a la autocensura. Por otra parte existe el problema de la urgencia coyuntural de determinados textos dramáticos. Tenemos, por ejemplo, el caso de «Meridiana i paralells» reconocida incluso por la crítica alemana. En su día no pudo representarse y faltaría saber la vigencia que mantiene hoy en día.

Desde luego las traducciones de autores clásicos extranjeros creo que deben darse en cualquier cultura. Lo que ya resulta más extraño es que nadie quiera montar un espectáculo Calders distinto a «Antaviana» precisamente porque ya se ha estrenado éste, y, no obstante, se considere normal el estreno simultáneo, o casi, de cuatro Chejovs.

En cualquier caso, las subvenciones deberían otorgarse controlando su programación y con algún tipo de exigencia que supusiera un apoyo a los autores catalanes.

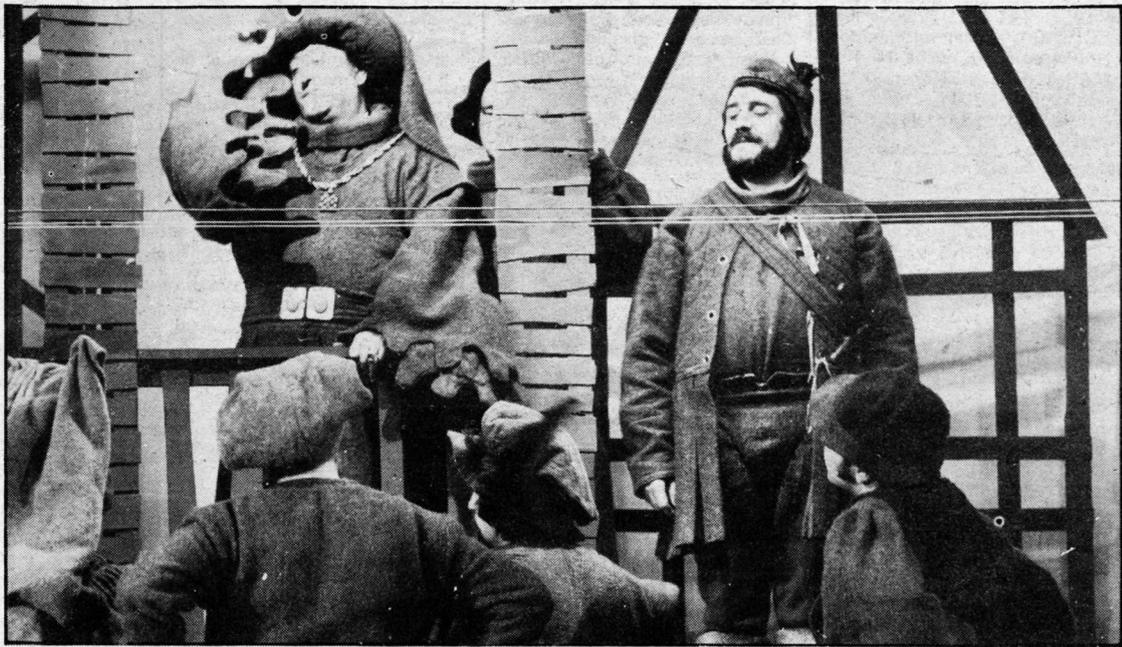
Ventura Pons, director

Si aceptamos que el teatro es básicamente un hecho cultural, entendido ampliamente, y que todo hecho cultural debe estar protegido económicamente por la comunidad mediante sus instituciones, llegaremos fácilmente al meollo del asunto.

El teatro es un hecho cultural caro que precisa de unas subvenciones fuertes para que pueda no únicamente subsistir sino crear, trabajar. Ocorre que durante el franquismo era natural —por la fuerza— que la comunidad catalana no recuperara la parte que le correspondía del presupuesto, infimo hay que reconocer, dedicado al teatro. El dinero se quedaba en el centro. Pero es que hace años que se apagó la lucecita del Pardo y que Tarradellas volvió con la senyora Antonieta de Sant Martin y que hemos votado varias veces y que tenemos Constitución, pero que el dinero sigue quedándose en Madrid. En Madrid donde sigue gastándose, dicen, el noventa por ciento del presupuesto. Y vuelven a cambiar de gobierno y el nuevo director general que llega sigue diciendo florecillas tan famosas como la de que los demás veamos el buen teatro —del Centro— por la televisión.

Francamente la situación no es que sea de crisis preocupante sino que yo la encuentro de crisis cabreante.

Bueno sigamos por ahí. El teatro aparte de la vocación, que se nos supone, es una profesión: parte de la catalana tráfuga en las últimas décadas a hacer cola a una ciudad donde culturalmente se reparten no ya el dinero que pagamos los contribuyentes catalanes sino el que también pagan los de las otras nacionalidades y regiones periféricas ahora que está de moda llamarlo así. Durante los años del franquismo me parecía entender que tenía un significado válido el hecho de trabajar en el teatro como francotirador. Es decir, las posibilidades «institucionales» eran mínimas —aunque superiores a las actuales, que



«El retaule del flautista», el mayor éxito del teatro catalán contemporáneo

ya tiene narices, y me refiero a las temporadas del «nacional» — y cada uno intentaba hacer la guerra por su cuenta. Y así se trabajaba. Pero pienso que ahora las cosas han cambiado y por consiguiendo los planteamientos.

No me extraña nada de nada. No me extraña que no se estrenen autores catalanes, ¿cómo lo van a hacer? Lo raro es que quede algún loco que quiera dedicarse a esto. No me extraña que en una situación pobre como la que vivimos la gente se dedique a tirarse los platos por la cabeza. Hay un desconcierto general salvo quizá por otros motivos el Lliure y algún que otro grupo estable, y lo más urgente a mi entender es abrir un debate en profundidad donde se aborde no únicamente el tema del dinero sino muchos más como son el de una recuperación efectiva de la confianza del público y un estudio a la vez profundo de las posibilidades de trabajo de la nueva realidad que debe desprenderse después del estatut y que hay que definir —y sólo me meto con el teatro porque lo de la televisión ya me parece una tomadura de pelo apabullante— de una vez por todas.

Gonzalo Pérez de Olaguer, crítico

Durante un tiempo los premios literarios sirvieron, con todos los inconvenientes ya conocidos, para dar a conocer nuevos autores catalanes como Teixidor, Melendres, Sirera, Ballester. Hoy, la política teatral que dé nuevos autores pide otros planteamientos. Me resisto a creer que no haya autores aunque pienso que será a partir de una auténtica infraestructura del teatro catalán y de su normalización que éstos existirán. Mientras no se den estas condiciones entiendo, como hasta lógico, que no se pueda hablar de nuevos autores y que los que existen, estrenen aisladamente. Una política general adecuada hará que el tema se encauce para su lógica solución.

Herman Bonnin, director del Institut del Teatre

Herman Bonnin es director del Institut del Teatre, máxima institución del teatro catalán. El, por otra parte, ha sido el director de la versión catalana de «La gavina» de Chejov.

«El nivel de la dramaturgia catalana y de los textos teatrales» es aceptable e incluso superior a determinadas culturas europeas, proporcionalmente comparables con la nuestra. El hecho de que no se estrenen estos textos ya es otra cuestión. Es el resultado de la minusvalía de los mecanismos de producción y de la ausencia de una política teatral. Una dramaturgia catalana no supone únicamente la existencia de obras en catalán. Lo que hace el Lliure, por ejemplo, es una tarea sustitutoria de primera necesidad porque incorpora clásicos universales que también deben pertenecer a nuestro patrimonio cultural. Lo que ocurre es que están realizando una labor que en realidad compete a un futuro Teatre Nacional».

Joan A. Benach, delegat de Serveis de Cultura

La posible escasez de producción dramática en el sentido de lo que puede entenderse por «obras de autor» es algo común en muchos países. No creo, por tanto, que tenga ningún sentido entregarse por este lado al masoquismo de nuestras eternas crisis. Por otra parte, creo que existe una apresurada simplificación a la hora de hacer inventario de obras autóctonas válidas que no han sido llevadas al escenario.

Benet, Brossa, la última obra de Melendres-Abellan, Capmany, Rudolf Sirera tienen textos que merecen considerarse por ofrecer suficiente interés para que incluso los estrenados sean objeto de otros trabajos de dramaturgia.

—¿Qué opinas sobre la polémica del Lliure?

— Todos sabemos la gran incidencia que el director, el escenógrafo o los trabajos colectivos de dramaturgia tienen hoy sobre la producción de espectáculos. En este campo un director puede ser tan creativo como un autor, de forma que olvidar esto y llevar la dimensión cultural del teatro al exclusivo terreno del autor supondría tarde o temprano topar con aquella grotesca respuesta de un mecenas del país que negaba ayuda económica a Els Joglars porque no hablaban catalán; claro está que Els Joglars no hablaban catalán ni nada, y por tanto no hacían cultura catalana. En ese sentido los del Lliure, positiva e inequívocamente, contribuyen a dar una imagen de modernidad y solvencia a la cultura catalana.

De todas formas, una política teatral orientada desde un organismo público seguramente debe mostrar una atención prioritaria a aquellos grupos cuyos trabajos se sitúan íntegramente en el marco de la cultura propia.

—¿Qué conclusión podrían dar sobre la aparente crisis de autores?

—¿Acaso la Adrià Gual y el Orfeo de Sants no han demostrado que se pueden hacer excelentes montajes a partir de textos no creados para el teatro o de temas que se han escrito en función de la dramaturgia? En todas partes hay un teatro de documento que sigue funcionando y que suele elaborarse con materiales no estrictamente teatrales. En estos momentos se prepara un montaje sobre el proceso de Ferrer i Guardia, se proyecta la adaptación de «Un lloc entre els morts» y «La plaça del Diamant» está siendo objeto de un trabajo de dramaturgia que para mí ofrece grandes garantías de acierto dada la personalidad del director. Así que a la hora de hablar de autores se deberían tener en cuenta estos horizontes que hoy existen a la hora de detectar materiales posibles para el teatro.

Por la transcripción:
TOMÁS DELCLOS
JOAQUIM IBARZ



«Travessa deserts». Carles Reig se tuvo que refugiar en la Cúpula Venus.